

Jorge Bello

VOX • MAGISTRI

A dos de octubre del año del Señor de mil y quinientos y sesenta y cuatro, este servidor, de cincuenta años de edad, hijo de Andreas van Wesele (vástago ilegítimo de Everard van Wesele y de Margarita Winters, pero luego legitimado por orden imperial), casado con Anne von Hamme y padre de una única hija; arquiatra de Su Majestad Carlos V, de su hijo Felipe II y de su nieto el Infante Don Carlos; médico de la Princesa de Orange, del Conde de Rennenberg y de Andreas Masius; traductor de Galeno, filólogo, anatomista y cathedrae explicator chirurgiae de la Universidad de Padua; concedor del sensorium commune de Leonardo da Vinci y conocido de Ambroise Paré; profesor de Realdo Colombo y de Vitus Tritonius, discípulo de Günther de Andernach y de Jacques Dubois –también llamado Sylvius–, amigo de Gemma Frisius, de Gerard van Weltwyk y de Antoine Perrenot –Cardenal de Granvelle–; autor de ‘De Humani Corporis Fabrica’, del ‘Epitome’ y de las ‘Tabulae Anatomicae Sex’, de la tesis ‘Paraphasis in nonum librum Rhazae medici arabis clarissimi ad regem Almansorem’, de obras menores como ‘Anatomicarum Gabrielis Fallopii observationum examen’, ‘Lettre sur la racine de Chine’, ‘Epistola docens venam axillarem dextri cubiti in dolori laterali secandam’ y colaborador en ‘Opera Omnia’ y en ‘Institutiones Anatomicae’; natural



Portada de *De Humanis Corpori Fabrica*, 1543

de Wesel –ducado de Clèves–, de familia ennoblecida por el Emperador Federico III, con derecho a blasón parlante de tres comadreas de plata alineadas en palo sobre campo de sable, y Conde Palatino por el Emperador Carlos V; enfermo moribundo, declara que:

Quando las primerías deste mismo año del Señor de mil y quinientos y sesenta y cuatro desempeñábame como arquiatra de los embajadores y de los funcionarios flamencos de la Corte Española, gozaba de la protección del Cardenal Antoine de Granvelle –aunque el purpurino todavía no había llegado desde Flandes–, y Su Majestad el Rey de España, Felipe II, me tenía en mucha estima pese a los desgraciados acontecimientos que a su hijo, el Infante Don Carlos, le costaran la vida. Me encontraba a la sazón cuidando del Embajador de la Gran Bretaña, Sir Thomas Chaloner, quando mis servicios fueron requeridos para una dama de la corte cuyos nombres y apellidos me reservo pero que identificaré como perteneciente al marquesado de Castellón. La susodicha, otrora fuerte y redonda, era entonces víctima de una enfermedad.

Apersoneme. La dama yacía en su lecho, cubierta con sábanas de hilo y mantas de lana caprina hasta el cuello; sólo enseñaba la cara, una cara maravillosa. Me detuve en examinar la anatomía visible para descubrirla perfecta: la *facies feminae* se veía esplendorosa en su palidez; la dura *tunica oculi*, alba, y la *adherens albave tunica*, apenas rosada. La dama me miraba suplicante, los ojos muy abiertos, la boca cerrada y las nares pujantes abriéndose y cerrándose con ritmo *summo* por el flujo del *pneuma*. La estancia olía a cetrino.

“Una buena anatomía no puede, por sí sola, reformar una mala fisiología”, dije. La dama de compañía, que permanecía a los pies de la cama, asintió con una flexión de muslos y un sutil levantarse de faldas y faldones; sus ojos demostraban haber llorado. Más allá, sumidos en la penumbra de la habitación, Pedro Ximeno y Luis Collado guardaban silencio esperando mi diagnóstico. Las hermanas de la dama enferma, la una pícnica y la otra asténica, susurraban entre sí al lado de la estufa. El médico real, protomedicus y arquiatra en jefe, Narcissus Parthenopeus Olivarius, presente con su ayudante de cámara, no me quitaba los ojos de encima. La estancia olía a cetrino, a orinas y a sudores.

De pronto la enferma emitió un gemido apenas perceptible entre los jadeos *pneumáticos*, y fue bastante para que la dama de compañía nos mirara a nosotros, los hombres presentes, invitándonos a salir para poder cumplir alguna íntima necesidad femenina. En salir, no resistí la tentación de posar mi mano derecha sobre la frente doliente: tenía fiebre. Luego salimos. Narcissus Parthenopeus Olivarius me miraba réprobo y, ya fuera, me dijo: “*Inhonestum magistrum in medicina manu operari*”. “Es el testimonio de los sentidos lo que me guía”, le respondí. Y agregó: “*Non solus ex galeni testimonii sed etiam oculis ipsis perspexeris*”, pero esta vez guardé la réplica para mejor ocasión.

Al cabo entramos otra vez a los aposentos. La enferma yacía ahora de lado, las cobijas cubríanla tan sólo hasta la cintura; la camisa de dormir dejaba entrever el cuello —tan bonito— y la parte más alta del *truncus thoracicus*. “*Pectora pectoralis*” exclamó el ayudante de cámara pero calló ipso facto, fulminado por la mirada de su maestro. Pensé lo mismo al ver aquéllo que el muchacho había visto, el nacimiento de un busto inimaginable, pero cuidé mis palabras. La dama de compañía, entonces, nos enseñó sumisa la pelela de porcelana rosa donde la enferma acababa de eliminar sus orinas, y de apenas olerla supe de su enfermedad: me bastó mojar un dedo en el líquido turbio, caliente aún, amarillento y urinoso, y probarlo con la punta de la lengua para decir: “*Diabetis mellitus est*”. “*Non est*”, gritó *Narcissus Parthenopeus Olivarius* y se sumergió en un recitar de explicaciones relativas a la traquearteria citada como *gutturis pars superior*, *communiter epiglottis*, *larinx et nodus gutturis*, *trachen artera*, *spiritualis fistula*, *arteria vocalis*, *aspera arteria*, *pulmonis canna*, gargar, gargo-rean... “Su merced debe creerme, las orinas de sabor dulce son *sine equa non de diabetis mellitus*”, interrumpí, paciente, pero continuó su perorata ahora refiriéndose a las yugulares como *phagitides*, *guidez*, *apoplecticae*, *sommi*, *pensiles*, *organicae*, *phagotides*... “*Vox magistri*”, acotó su ayudante admirando tanta sabiduría en su maestro. “*Galenus dixit...*”, recomenzó el médico real volviendo a la *manualis operatio* y “*nos vero comperimus*”, su ayudante completó el axioma para satisfacer a su profesor. “*Probad vosotros mismos con vuestras manos... y creed*”, yo insistía sabedor de que tanto entretenerse científico nos hacía perder un tiempo valioso.

“*Vull aigua*”, pidió la dama con apenas un hilo de voz e interrumpió así al fin nuestras disquisiciones. “*Què diu la senyoreta?*”, le preguntó la dama de compañía. “*Malalta dixit*”, sentenció *Narcissus Parthenopeus Olivarius*; “*Vox malalta*”, añadió el ayudante. “*Aigua, la senyoreta vol aigua, si us plau senyoreta, la senyoreta vol aigua per beure*”, este servidor. “*Aqua non plus*”, el galeno en jefe. La dama de compañía, a mí: “*Sembla que el doctor diu que la senyoreta no pot pas beure aigua... potser un traguitxó d’aigua de camamil·la... o de vi dolç?*”. “*Aqua non plus*”, insistía *Narcissus Parthenopeus Olivarius*, pero esta vez me impuse y ordené a la dama de compañía que le diera toda el agua que la enferma quisiera beber. “*Vox popularis*”, acertó a decir el ayudante cuidando que sus palabras fueran oídas sólo por la dama de compañía.

El médico real se enfadó entonces al verse desautorizado, y furibundo abandonó la cámara como una saeta dejando tras de sí una estela de alcanfor y solimán en el ambiente. Refunfuñaba enfurecido: “*Vesani cujusdam calumniarum in Hipocratis Galenique ren anatomicam depulsio*”. Y tras él, las dos hermanas de la dama encamada salieron por una puerta lateral reclamando al cielo justicia, a los médicos ciencia y a los juristas herencia.

Después de beber agua en abundancia, la dama se sintió mejor y hasta pidió ser sentada entre cojines de seda y terciopelo, oropelos, puntillas y bordados, almohadas, almohadones y almohadillas, doseles y brocados carmesíes. El flujo pneumático seguía ruidoso, frecuente y superficial. Me senté a su lado, la sentí caliente, febril. El pulso rápido y el cor acelerado. La boca seca, la piel sabrosa. Las uñas pálidas, el hablar pausado. La mirada fija, los oculi parvuli. La mirada fija, en mí.

“Estic malalta, doctor. No tinc forçes, i menjo molt, però”. “Aleshores...?”. “Aleshores a penes si em puc moure del llit i encara



Leonardo da Vinci, entre 1492 y 1494.

em trobo cada dia pitjor amb tot el que em fa el metge i el seu ajudant, el barber i el seu ajudant, l'apotecari i el seu ajudant, l'adobador i el seu ajudant, el remeier i el seu ajudant...". “Déu n’hi do... què l’hi fan, per tal de guarir-la, vull dir?”. “De primer, no em deixen beure res... i tinc molta set, estic... desesperadament... assedegada, sedejant, sedegosa. De segon, m’hi porten grapats d’herbes amargues per menjar i per fer-ne emplastres als ronyons. I cada día, de bon matí, l’ajudant del barber em fa una sangnia abundosa després de la qual resto com estic, miri’m, sense forçes”. Y en su intento de enseñarme la carencia de fuerzas, descubrióse bajo la camisa de dormir: un corsé de seda color marfil la ceñía desde la glandulae mammaria hasta la pelvis major, del lado dexter y del lado sinister del thorax y del abdomen.

“Pectora pectoralis”, exclamó libidinoso el ayudante, que miraba la enferma de reojo. “Senyoreta, si us plau, tregui’l la cotilla”, le indiqué a la dama de compañía con el fin de aliviar a la enferma de la opresión. “Vox eroticus”, decía para sí el ayudante sin apartar los ojos.

Una vez aliviada, la dama continuó: “I el riu, doctor, quin riu que faig”. “Vox pluviialis” acertó a decir el ayudante y se ganó así que lo expulsara de la sala, pero, acostumbrado como era a las labores de urgencia, antes de irse pudo proponerle a la dama de compañía, al oído: “Pectora pectoralis?”. Al fin se fue a la antecámara y entonces la dama de compañía, compadecida, se ofreció a acompañarlo afuera, “per tal que no estigui sol, pobrissó”, dijo, los oculi parvuli.

Más tranquilos sin tanta compañía, puede explorar detenidamente la anatomía de la dama y confirmar que padecía la dicha enfermedad de las orinas dulces. Le recomendé reposo en cama, cataplasmas frías para combatir la fiebre, beber abundante agua

del Carmen o de Flandes, y repetidas veces durante el día y durante la noche ingerir tisanas tibias, endulzadas con miel, de *lignum sanctum*, tan efectivas quando los ataques de gota de Su Majestad Carlos V.

Despidiéndome como estaba más tarde, besaba la frente de tan bella enferma quando sentí que alguien gritaba a mis espaldas: “*Vade retro, impostorum*” y un tropel de damas, caballeros, gentilhombres y galenos invadió la cámara. Me apartó uno dellos con violencia del lecho de la dama y pude así reconocer la escena: allí estaban Daza Chacón y los otros cirujanos españoles, los mismos que, en mil y quinientos y sesenta y dos, permitieron la trepanación del cráneo del pequeño Infante Don Carlos oponiéndose así a mi consejo de dejarlo reposar. Estaban también Pedro Ximeno, Luis Collado, Narcissus Parthenopeus Olivarius y su ayudante, la dama de compañía y clérigos varios, monaguillos y asistentes, miembros de la guardia y otros que no conozco y el secretario real y el notario mayor y los escribas de turno.

“*E questi medici spagnoli hanno indugiato sino a ora a volere il Vesalio*”. Resonaron una vez más para mí las palabras del Nobili, Embajador de Florencia, dirigidas por escrito a Cosme de Médici quando la muerte del inocente trepanado.

“Zapatero a tus zapatos”, me ordenó el secretario real mientras la dama de compañía se interrogaba a sí misma: “Sabater?”. Entonces Pedro Ximeno, el más cuerdo según apariencias de toda la murga tomó la palabra para decir: “Narcissus Parthenopeus Olivarius y el resto de los arquiatras de la Corte invitan a su merced a retirarse de los cuidados desta enferma, so pena de denuncia ante la Santa Inquisición”. “*Experientia sensualis est mihi auriga*”, agregó Narcissus Parthenopeus Olivarius y luego continuó Pedro Ximeno: “Porque de su merced es conocido el arte de la notomia y no pas el de la medicina...”, patraña que me obligó a dirigirme a la concurrencia toda con un aforismo de los asclepiades: “*Asclepiades officium esse medici dicit ut tuto, ut celeriter, ut jutcunde curet*”. Narcissus Parthenopeus Olivarius, ciego de ira, de envidia y de celos, habló entonces *ex cathedra* y dictaminó: “*Andrea Vesalii anatomicorum est. Et non plus ultra*”, tras lo qual dejó la sala, y Pedro Ximeno, aún conservando la cordura y demostrando así que me tenía en su estima, concluyó: “No obstante, en mérito a la reputación de que su merced goza, será llamado a prestar servicios si fuere necesaria de la enferma la autopsia”. “*No vull cap autòpsia, el que vull és aigua*”, atinó a defenderse la femina diabeticae.

No me quedaba, entonces, ninguna alternativa más que dejar actuar a los otros galenos y rogar al cielo que mis servicios necrópsicos no fueran necesarios. Errare humanun est, pensé mientras me retiraba cabizbajo y cejijunto no sin antes haber rendido mis respetos a la dama del marquesado de Castellón.

Pero no había cambiado aún la luna quando me llamó un ujier de la Corte. La femina era morta desde la hora prima y urgía realizase la autopsia para demostrar la causa del obitus.

La triste noticia me turbó y un nudo aferróseme a la garganta, cruel.

Zaherido, doloroso, preparaba mis cuchillos, navajas y escalpelo cuando, sigiloso, entró al cuarto Luis Collado. Era allí para animarme a descubrir la verdad oculta tras tegumentis corporis porque, dijo, ninguno de los sabihondos arquiátrax de la Casa Real había dado con la enfermedad de marras ni con sus remedios. Y se permitió decir: “Quod natura non dat, Salamantica non prestat”, con desprecio.

El theatrum anatomicum, habilitado ad hoc, estaba pleno de los sabios de la Corte: magistrados, leguleyos, notarios, eclesiásticos, representantes de la Santa Inquisición, cirujanos, barberos, médicos, arquiátrax, apotecarios, botánicos y artistas de la pintura, del grabado y de la escultura. También estaban los oficiales, ayudantes, asistentes, secretarios y escribientes; profesores, maestros, estudiantes, aprendices y legos. Y en la primera grada, tras la balustrada, Narcissus Parthenopeus Olivarius y su ayudante, las dos hermanas de la occisa y la dama de compañía.

Y acá estaba: en la tabula operationis yacía ella, muerta, con apenas un pequeño sudario de hilo bordado cubriéndole la pars pudendis. La vi quan hermosa era. El rostro sereno, como dormida, me traicionaba los sentidos y la hubiera deseado viva y caliente. Al menos, pensé doloroso, será mía en su íntima natura, será mía en el momento último, post mortem pero per vitam. Y luego nada –y luego nadie– me quitará de las manus operaris el tacto de la piel amada con tardía. Ni la visión postrera.

Al menos, pensé doloroso, me quedará un secreto: en la hora póstuma desentrañara la razón de su vivir y de su morir. Y el secreto nos hará cómplices per saecula saeculorum. Veritatis resignatio.

Sin atisbo de duda, con el pulso firme aunque con el ánima contrita: “Lettore, incisore, ostensore, prosector: anatomia subtilis est”, dije, como siempre, al comenzar con una incisión desde el processus xyfoideus hasta el umbilicus para descubrir así la membra nutritiva, la primera cavidad en descomponerse. Ninguna anormalidad quedó demostrada en éste, el primer jorn de disección. El segundo día –según el nomenklator anatomicum– corresponde al estudio de la cavidad media –membra spiritualia– tras la resectio del plastrón esternocostal. Y aquí fue quando ocurrió lo incomprensible.

El thorax expuesto, con el escalpelo abro el pericardium y descubro el cor. No pude menos que gritar, tembleque: “Felicissima catalanorum ingenia”, porque el cor de la femina adorabilis latía.

“Batega, el cor batega”, gritaba enfervorizada la dama de compañía. “Batega, el cor batega”, protestaba la hermana pícnica. “Batega, el cor batega”, protestaba la hermana asténica. Y ya luego fueron todos en el theatrum anatomicum que a corro gritaron a voz en cuello: “Batega, batega, batega...”.

No más que un pater noster después, descubrí que la intención del “Batega, batega” era equívoca: los oficiales al servicio de la Santa Inquisición me aprehendieron y me inmovilizaron con correas, herrajes y maderos. Un anciano vestido con ropón y jubón de pañolensi, desde la grada más alta del auditorium, imponía su autoridad diciendo: “Hereticus, homicidae et hereticus: adversus Andrea Vesalii depulsionem anatomicorum calumnias pro”. Desde la distancia y a través de las lacrimi pude reconocerlo como mi otrora maestro Jacques Dubois –dit Sylvius.

Narcissus Parthenopeus Olivarius y otros cirujanos contenían la sonrisa de la victoria. “Vox magistri”, gritó un leguleyo rasgándose las vestiduras; “Cabronis histericus”, le respondió un ayudante de cirujano.

“Vox porcae”, agregó clarividente el ayudante de Narcissus Parthenopeus Olivarius antes de que éste le asestara un golpe de bastón y lo despidera de su servicio.

Para mayor escarnio pasaron los presentes por delante de mí; me insultaron con saña casi todos. Apenas recuerdo a Luis Collado y a Pedro Ximeno pasar en silencio, al ayudante despedido murmurarme: “Vox magistri tuam in lumen perpetuam sia”, y a la dama de compañía susurrarme: “Déu vos guard”.

El tramo de esta declaración que sigue es ya conocido: la Santa Inquisición me acusó de complicidad demoníaca porque sólo por opus satanicus el cor late tras la muerte, decía el auto. Y también me acusaron de homicidio por disecar un cor aún latente, agregaba el auto. Y me sentenciaron a la pena capitalis in extremis por hereje y por homicida, concluía el auto.

En la oscura humedad del calabozo, engrillado, hice mi auto constrictionis reflexionando sobre si en realidad aquel cor latía o fuera sólo mi deseo de verlo latir quien me hiciera traición a los oculi. ¿O todo había sido una artimaña tramposa de Narcissus Parthenopeus Olivarius por opacarle el brillo?, ¿o tal vez el traidor había sido Sylvius por oponerse tan ferozmente a mis ideas de ilustrar los textos de anatomía con grabados y pinturas?, ¿o quizá Jérémie Drivère, por negarse a desterrar ya de una vez la práctica de las sangrías?, ¿o tal vez Paolo Colombo, a quien despojara con buenas artes de su cathedra?, ¿o tal vez el Cardinal Madrusso, a quien no pude operarle con éxito los pies?, ¿o tal vez mi discípulo Gabrielis Fallopii, a quien criticara sus ‘Observationes Anatomicae’?, ¿o tal vez algún allegado de Juan de Aragón, muerto por no haber aceptado mi método de drenaje pleural?, ¿o tal vez Daza Chacón, trepanador sordo y sin resultados del Infante Don Carlos?, ¿o fuera sólo mi deseo de ver latir aquel cor de femina adorabilis quien me hiciera traición a los oculi? No lo sabré jamás, pensaba taciturnus et melancholicus, el verdugo me espera.

El verdugo –lo supe casi al borde del cadalso– no me esperaba: Su Majestad el Rey de España, Felipe II, conmutó mi pena capitalis por una peregrinación a Tierra Santa. Ad maiorem Deu

gloriam. De inmediato para aquellas tierras partí con las mareas favorables y los vientos venturosos.

De regreso de Yerushalayim, me embarqué en una nao de peregrinos para volver a tierras hispánicas, pero la fatalidad nos persiguió y las fiebres hécticas se declararon a bordo. Nada podía hacer por esos enfermos pues yo mismo caí víctima de los temporales, la mala nutrición y las calenturas. Y aquí, en esta isla de Zante fui abandonado a mi suerte, enfermo y moribundo, rodeado de la mare jónica y en podos de la iglesia de Santa María delle Cruzie, cerca, dicen, de la tumba de nuestro padre Cicerón.

Hace frío, pero aún me queda un hálito para acabar mi declaración. ¿Por qué los grandes se hicieron pequeños en acusarme de hacer latir el cor mortum?, ¿qué tanto quisieron robarme si las manos tienen plenas?

¿O fuera sólo mi deseo de ver latir aquel cor de femina adorabilis quien me hiciera traición a los oculi?. No, ni aún lácrimos los oculi me traicionan. Aquel cor latía, quizá. Pero, ¿los grandes lo vieron, los grandes lo sintieron acaso latir desde la distancia de sus gradas en el theatrum anatomicum? No, nomás se puede ver latir el cor amado quando se lo acompasa con el propio, muy de cerca. Traidores, no vieron más que sus miserias, y miserables y mentirosos hicieron propios mi visión y mi deseo.

Quizá latiera aquel cor, quizá, pero ellos no lo vieron, no lo supieron ni lo sabrán: la distancia impide ver cómo late el cor.

Hace frío y tengo las manos frías y tengo prisa por descubrir si el cor de mi femina adorabilis latía. Tal vez latiera sólo por esperarme y señalar que late porque espera. ¿No es acaso la espera un latido?, ¿no late acaso quien espera, y no es acaso el latido la señal de la espera?

¿Latía aquel cor? Sí que latía, sí. Y ya tengo las manos frías... Gloria in excelsis Deo. Gratias agimus tibi... y se hace de noche... y su cor latía, sí.

Consumatum est: aquí voy, ya llego, mi querida María Antonia.

ANDRÉS VESALIO